



Guerra de Ucrania, año II

La victoria de Ucrania supondría la derrota de un proyecto genocida. Los crímenes que están cometiendo los rusos no pueden quedar impunes. Por eso es necesario crear un tribunal penal que juzgue a Putin por agresión.

¿Por qué necesita el mundo una victoria ucraniana?

por **Timothy Snyder**

- 1.** Para detener las atrocidades. La ocupación rusa es genocida. Allí donde los ucranianos recuperan territorio, salvan vidas y restablecen el principio de que las personas tienen derecho a no ser torturadas, deportadas y asesinadas.
- 2.** Para preservar el orden jurídico internacional. Su fundamento es que un país no puede invadir a otro y anexionarse su territorio, como pretende hacer Rusia. La guerra

de agresión de Rusia es obviamente ilegal, pero el orden jurídico no se defiende solo.

3. Para poner fin a una era de imperios. Esta podría ser la última guerra librada bajo la lógica colonial de que otro Estado y otro pueblo no existen. Pero este punto de inflexión solo se alcanzaría si Rusia pierde.

4. Para defender el proyecto de paz de la Unión Europea. La guerra de Rusia no se dirige solo contra Ucrania, sino contra la idea más amplia de que los Estados europeos pueden cooperar pacíficamente. Si prevalece el imperio, fracasa la integración.

5. Para dar una oportunidad al Estado de derecho en Rusia. Mientras Rusia siga librando guerras imperiales, estará atrapada en una política interior represiva. Las próximas generaciones de rusos podrían vivir mejor y más libres, pero solo si Rusia pierde esta guerra.

6. Para debilitar el prestigio de los tiranos. En este siglo, la tendencia ha sido hacia el autoritarismo, con el putinismo como fuerza y modelo. Que lo derrote una democracia

invierte esa tendencia. El fascismo es fuerza, y se desacredita con la derrota.

7. Para recordarnos que la democracia es el mejor sistema. Los ucranianos han interiorizado la idea de que eligen a sus propios líderes. Al arriesgarse para proteger su democracia, nos recuerdan que todos debemos actuar para proteger la nuestra.

8. Para disipar la amenaza de una gran guerra en Europa. Durante décadas, un enfrentamiento con la URSS y luego con Rusia fue el escenario de una guerra regional. Una victoria ucraniana elimina este escenario al hacer inverosímil otra ofensiva rusa.

9. Para disipar la amenaza de una guerra importante en Asia. En los últimos años, una invasión china de Taiwán ha sido el principal escenario para una guerra global. Una victoria ucraniana enseña a Pekín que una operación ofensiva de este tipo es costosa y probablemente fracasaría.

10. Para evitar la proliferación de armas nucleares. Ucrania renunció a las armas nucleares. Rusia, una potencia nuclear, la invadió. Si Ucrania pierde, los países que pueden construir armas nucleares sentirán que necesitan hacerlo para protegerse.

11. Para reducir el riesgo de una guerra nuclear. Una victoria ucraniana hace menos probables dos grandes escenarios bélicos en los que intervienen potencias nucleares, y actúa contra la proliferación nuclear en general. Nada reduciría más el riesgo de guerra nuclear que la victoria ucraniana.

12. Para evitar futuras guerras por los recursos. Además de ser un perpetrador constante de crímenes de guerra, el grupo Wagner de Rusia se apodera de los recursos minerales mediante la violencia siempre que puede. Por eso está luchando en Bajmut.

13. Para garantizar el suministro de alimentos y evitar futuras hambrunas. Ucrania alimenta a gran parte del mundo. Rusia amenaza con utilizar esos alimentos como arma. Como dijo un propagandista ruso, “la inanición es nuestra única esperanza”.

14. Para acelerar el abandono de los combustibles fósiles. Putin muestra la amenaza que supone para el futuro la oligarquía de los hidrocarburos. Su militarización de los suministros energéticos ha acelerado el giro hacia las energías renovables. Esto continuará si Rusia pierde.

15. Para reivindicar el valor de la libertad. Aunque tienen motivos para definir la libertad como algo contra algo —la ocupación rusa—, los ucranianos nos recuerdan que la libertad es en realidad para algo, el derecho a ser las personas que desean ser, en un futuro que pueden ayudar a forjar.

Soy un historiador especializado en la atrocidad política, y para mí personalmente la primera —derrotar un proyecto genocida en curso— sería razón más que suficiente para desear la victoria ucraniana. Pero cada una de las otras catorce es enormemente significativa. Cada una presenta el tipo

de oportunidad que generaciones de planificadores políticos desean, pero que casi nunca tienen. Se ha hecho mucho, pero aún no hemos visto y aprovechado el momento.

Se trata de una circunstancia única y no debemos desaprovecharla. Los ucranianos nos han dado la oportunidad de dar un giro a este siglo, una oportunidad de libertad y seguridad que no podríamos haber conseguido por nuestros propios medios, seamos quienes seamos. Lo único que tenemos que hacer es ayudarles a ganar. —

Traducción del inglés de Daniel Gascón.

Publicado originalmente en el Substack del autor.

TIMOTHY SNYDER es historiador y profesor en la Universidad de Yale. Su último libro publicado es *Nuestra enfermedad. Lecciones de libertad en un diario de hospital* (Galaxia Gutenberg, 2020).

Todavía un hogar al que regresar

por **Anna Korb**

Mi ciudad natal, en el oeste de Ucrania, solía ser uno de mis lugares felices. Me encantaba el ritual de volver: coger un tren nocturno después de que mi equipo enviara nuestra revista a la imprenta en Kiev, dormir toda la noche mientras el tren me llevaba a través del país, andar luego hasta casa por la mañana temprano, cuando la ciudad aún dormía. En los días siguientes, me paseaba por el centro de la ciudad, con las villas de los intelectuales del siglo XX, tomaba un café con vistas a una plaza con un parque infantil y me encontraba en ese sistema de coordenadas del pasado (con sus recuerdos de la infancia y adolescencia), el presente (donde te tomas las cosas con calma) y el futuro (trabajar para construir un país mejor) que me hacía sentir completa. Otro lugar feliz: un tren podría llevarme a cualquier parte de Ucrania para experimentar lo deteriorado y lo reconstruido, lo soviético y lo moderno, lo rural y lo urbano, lo similar y lo diferente.

Ahora que la guerra de Rusia contra Ucrania ha entrado en su noveno año, y la guerra a gran escala en el segundo, me considero afortunada: todavía tengo un hogar al que regresar, ninguno de mis familiares ha muerto y mi ciudad natal sigue prácticamente igual. Sin embargo, hay una diferencia. En un banco del centro de la ciudad, un hombre de unos sesenta años cuenta a una mujer cómo escapó de Bajmut con sus hijos mientras disparaban a su coche. Me siento aliviada cuando oigo que lograron salir, aunque no conozco al hombre. Añade que perdieron tres de sus cuatro casas familiares en esa ciudad por los bombardeos rusos.

Media hora más tarde, me encuentro con él en una tienda de fotocopias y el dependiente le entrega una fotografía de un hombre de unos veinte años. Está enmarcada para colocarla sobre una tumba. El hombre la coge y empieza a sollozar. Cuando suena la alarma antiaérea, el parque infantil se queda vacío y en silencio, mientras los padres se dispersan con sus hijos. Cuando vuelvo del centro de la ciudad, la carretera está llena de velas. Eso significa que un soldado caído acaba de ser conducido hasta aquí en su último viaje a casa y los lugareños hacen cola para rendirle homenaje. Las velas están casi quemadas, lo que significa que el soldado probablemente ya ha llegado a casa de sus padres o de sus hijos, o de ambos.

Hay muchas estimaciones sobre lo que Rusia ha robado a Ucrania. No menciono el elemento más importante —las personas muertas, heridas, obligadas a huir o deportadas— porque el recuento dista mucho de estar completo. Esta campaña de robo es mucho más grave que los olores, electrodomésticos, piezas de automóvil y ropa interior que generan memes y que los soldados rusos robaron de los hogares ucranianos. Según estimaciones del gobierno ucraniano, la agresión rusa ha provocado pérdidas por valor de 700.000 millones de dólares a principios de 2023. Rusia robó 530 millones de dólares de cereales del territorio ucraniano que ocupó a principios del otoño de 2022. También minó e incendió campos, bombardeó cosechadoras y bloqueó las exportaciones de cereales de Ucrania. Robó casi 15.000 obras de arte, artefactos y objetos de valor de museos y colecciones solo en la provincia de Jersón.

Existen definiciones para los crímenes y crímenes de guerra de Rusia en Ucrania, desde el crimen de agresión hasta el ataque a infraestructuras civiles, pasando por la tortura, los asesinatos indiscriminados, la destrucción y apropiación extensiva de bienes, las deportaciones ilegales y mucho más.

Sin embargo, no hay forma de medir o definir cómo Rusia roba la felicidad a los ucranianos. Hay manifestaciones extremas, como que un misil mate a toda tu familia o que tu hijo muera como soldado o que reciba un misil en el área de maternidad del hospital mientras tú tienes que seguir viviendo (yo misma, que soy madre de una niña pequeña, siento una profunda desesperación solo de pensar en la posibilidad de una pérdida así). Otras manifestaciones son menos evidentes: tu sistema de coordenadas se modifica violentamente y de una manera sádicamente absurda. Rusia ha robado el pasado a innumerables ucranianos de Crimea, Mariúpol o las ciudades industriales del Donbás. Ha robado el presente a innumerables ucranianos más: mis amigas con hijos pequeños dicen que no pueden experimentar plenamente la felicidad de la maternidad porque al mismo tiempo los misiles de Rusia matan bebés en los hospitales y niños en las calles. Está robando el futuro: mientras escribo

esto, calles de toda Ucrania son rebautizadas con los nombres de los héroes de nuestro tiempo —mis contemporáneos, a menudo una década más jóvenes que yo— que han muerto defendiendo Ucrania. Ser testigo en directo de cómo surge un panteón de héroes es una experiencia de enorme magnitud... y es una tragedia.

La felicidad es intangible. Tampoco se puede expresar con palabras porque es una categoría subjetiva. Sin embargo, la infelicidad es muy tangible. Es como vivir dentro de una pesadilla, con su pegajosa sensación de penumbra y de no poder salir. Cuando estás dentro de una pesadilla, no sabes si puedes despertar, ni cuándo lo harás. Luego viene el alivio de despertar. Desde el 24 de febrero de 2022, despertarse cada día —o cada noche— es como entrar en una pesadilla, y el sueño es el único pequeño descanso de ella. De nuevo, me considero afortunada porque puedo dormir. Una vecina de mi ciudad lo ha pasado mal: su hijo está en primera línea y ella está preocupadísima todo el tiempo.

Para muchos ucranianos, hacer frente a esta realidad de felicidad robada implica centrarse en el día a día en lugar de pensar a largo plazo, aunque la inmensa mayoría anhela la victoria más que nada. Para algunos, esta concentración en las acciones les permite agarrarse a una sensación de normalidad. Para otros, significa luchar, ser voluntario veinticuatro horas al día, siete días a la semana, o hacer donaciones al ejército o a la población civil. A veces releo *El poder de los sin poder*, de Vaclav Havel, un ejemplo del triunfo del ser humano y del humanismo sobre el totalitarismo, y de cómo ese triunfo parecía inimaginable.

“Sé feliz, cuando sea y donde sea que estés”, escribió una amiga en un cuaderno que me regaló cuando dejé mi revista y me mudé de Kiev a Londres por trabajo, hace ya varios años. En la primavera de 2022, me llamó cuando estaba en un supermercado. Mientras la gente elegía hamburguesas para comer, mantuve una breve conversación con ella sobre las botas que teníamos que comprar en Madrid y enviar a Ucrania para los militares, y entonces me contó que estaba esperando para recoger el cuerpo de su hermano mayor caído, un militar, de un depósito de cadáveres al sur de Ucrania. Por entonces el ejército ruso avanzaba en ese sector mientras los ucranianos luchaban desesperadamente por contener a los rusos antes de que empezaran a llegar armas occidentales más eficientes que ayudarían a cambiar las tornas. En una de nuestras numerosas charlas posteriores, cuando los militares ucranianos avanzaban hacia Jersón, me dijo que iba a casa a visitar a sus padres y la tumba de su hermano. Le pregunté cómo se sentía. “Triste”, me dijo. “Esta tristeza desaparece un poco con las noticias de la liberación y la retirada de los rusos, pero nunca desaparece.” —

ANNA KORBUT es analista y periodista ucraniana.



No puede haber impunidad para el crimen de agresión contra Ucrania

por **Philippe Sands**

Cuatro días después de la invasión rusa de Ucrania, escribí en el *Financial Times* sobre el crimen de agresión, que introdujo en el derecho internacional un jurista soviético en 1945, durante las negociaciones del tribunal de Núremberg. Desde entonces, la agresión es uno de los cuatro crímenes internacionales establecidos, junto con los crímenes de guerra, los crímenes contra la humanidad y el genocidio. El Tribunal Penal Internacional (TPI) de La Haya investiga actualmente los presuntos crímenes cometidos en Ucrania, pero aún no ha emitido ninguna acusación.

Sin embargo, el TPI no puede ejercer jurisdicción sobre la agresión, una laguna que me llevó a proponer la creación de un tribunal penal especial para investigar a Vladimir Putin y sus acólitos por haber librado una guerra manifiestamente ilegal, lo que constituye un crimen de liderazgo. A mí y a otros nos preocupaba que pudiera ser difícil inculpar a los dirigentes de los demás delitos, y reconocimos que el único delito que llegaba con cierta certeza a la cúpula era el de agresión. Ante los horrores que se están produciendo en Ucrania persiste la preocupación de que las investigaciones del TPI culminen con procesos contra militares de bajo rango, pero dejen libres de culpa a los dirigentes, tanto políticos y militares como de inteligencia y financieros.

A lo largo del último año se ha ido reconociendo cada vez más la necesidad de evitar la impunidad del crimen de agresión. Pocos días después de la publicación de mi artículo, Dmytro Kuleba, ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania, declaró que su país quería un tribunal especial. En pocos meses, una coalición de países encabezada por los tres Estados bálticos y Polonia unió sus fuerzas, y las asambleas parlamentarias del Consejo de Europa y la OTAN y el Parlamento Europeo sumaron su apoyo. Avaaz, una organización activista mundial, organizó una petición que no tardó en reunir más de un millón de firmas, mientras los académicos debatían los pros y los contras de un primer tribunal que abordara el crimen de agresión desde Núremberg.

El impulso pronto se enfrentó a la *realpolitik*: Reino Unido, Francia, Alemania y Estados Unidos se mostraron, por decirlo suavemente, reticentes en un principio. Quizá no fuera tanto una cuestión de principios como de autopreservación: si hoy se creaba un tribunal para Rusia, ¿por qué no mañana para nosotros? También hay elefantes en la habitación, como Irak y otros muchos conflictos en los que las potencias occidentales hicieron la vista gorda en materia de justicia.

Sin embargo, aquí, en el territorio de Ucrania, no puede haber impunidad para este gravísimo crimen. Chile Eboe-Osuji, expresidente del TPI, abogó recientemente por la creación de un tribunal penal especial como “uno de los pilares del interminable proyecto de construcción del derecho internacional”.

Francia fue la primera en cambiar de postura, hace unas semanas, y desde entonces le han seguido Reino Unido y Alemania. La Comisión Europea ha anunciado la creación de un centro para el enjuiciamiento del crimen de agresión, y el gobierno holandés se ha ofrecido a albergar un mecanismo provisional. No hay ninguna razón por la que no se puedan nombrar ahora investigadores internacionales y ucranianos, con un fiscal provisional, para reunir pruebas e identificar a posibles acusados.

Un tribunal internacional necesitará un acuerdo jurídico, muy probablemente entre Ucrania y la ONU o una organización europea. Puede redactarse fácilmente y ya circulan textos al respecto. Sería muy apropiado que el acuerdo se firmara en Lviv, la ciudad ucraniana cuya sangrienta historia contribuyó a las ideas que, en la década de 1940, se convirtieron en las nuevas categorías jurídicas de crímenes contra la humanidad y genocidio.

En comparación con el TPI los costes serán insignificantes. No cabe duda de que habrá puntos que debatir sobre la estructura y la naturaleza del tribunal. Ucrania es partidaria, con razón, de un organismo internacional de pleno derecho, una petición que ha apoyado Christoph Heusgen, presidente de la Conferencia de Seguridad de Múnich, que se reunió el pasado fin de semana, pero no cabe duda de que las mentes creativas serán capaces de hacer lo necesario. Habrá que abordar cuestiones técnico-jurídicas – entre las que destaca la cuestión de si un jefe de Estado debe tener derecho a la inmunidad– y establecer relaciones con las investigaciones y enjuiciamientos en el TPI y en los tribunales ucranianos y de otros países.

Este es un momento histórico crucial. No estábamos preparados para la invasión, para los crímenes y otros

horrores que han venido, incluido el ataque grotesco y totalmente ilegal contra infraestructuras civiles en toda Ucrania. Esos actos no tienen ningún propósito militar y pretenden doblegar la voluntad de la población (aunque tienen precisamente el efecto contrario).

Tras los fracasos de Occidente en Georgia, Chechenia, Crimea y Siria, Putin creyó que flaquearía. Se equivocó. No tengo una visión idealista del poder de la ley, pero soy plenamente consciente de sus límites y de la necesidad de esfuerzos militares y diplomáticos. Sin embargo, si no se aborda esta agresión, puede que también renunciemos al impulso de Núremberg y al crimen de agresión. Que el aniversario de este terrible momento en Europa sirva para señalar que no se tolerará cruzar esta línea y que habrá responsabilidad penal individual, hasta la cúspide. –

*Traducción del inglés de Daniel Gascón.
Publicado originalmente en el Financial Times.*

PHILIPPE SANDS es escritor, abogado y profesor de derecho internacional en el University College de Londres. Anagrama ha publicado sus libros *Calle Este-Oeste* (2017) y *Ruta de escape* (2021).

Descubre tu
siguiente lectura
en nuestra
sección
de libros.

página 46

